

PRÓXIMO NÚMERO:  
**EXTRAORDINARIO**

Sábado, 25 de Julio

LA SENTIMENTAL PRODUCCIÓN:

## Corazones errantes

UNA DE LAS ÚLTIMAS PRODUCCIONES DE LA  
BELLA Y GENIAL ESTRELLA NORMA  
TALMADGE, SECUNDADA POR EL  
SIMPÁTICO ARTISTA EUGÈNE O'BRIEN

EXCLUSIVA GAUMONT  
EMOCIONANTE ASUNTO DE AMOR Y SACRIFICIO

PORTADA A-BICOLOR — 64 PÁGINAS  
PROFUSIÓN DE ILUSTRACIONES FOTOGRAFICAS

POSTAL-FOTOGRAFIA-REGALO:  
ESTELLE TAYLOR

PRECIO EXCEPCIONAL: 50 CÉNTIMOS

NO DEJE USTED DE COMPRAR EL MISMO SÁ-  
BADO, DÍA 25 DEL CORRIENTE.  
ESTE PRECIOSO NÚMERO EXTRAORDINARIO.

E. VERDAGUER MCHERA.-TOfETE. 16.-TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 164

25 cts.



EL AFÁN  
DE TRIUNFAR

POR MARGUERITE  
DE LA MOTTE,  
JOHN BOWERS y MILTON SILLS

Filmoteca  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 164

## El afán de triunfar

INTERESANTE COMEDIA DRAMÁTICA  
BASADA EN UNA OBRA EXTRANJERA

Creación de los célebres artistas  
Marguerite de la Motte  
John Bowers y Milton Sills

Selecciones Capitolio

**S. HUGUET**

Provenza, 292.

BARCELONA



Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
ALFONSO CASSINI



# El afán de triunfar

---

Argumento de la película de dicho título

---

El autor pregunta:

¿Pueden los lazos matrimoniales cortar las alas de la imaginación a la mujer?

¿Puede el esposo vivir en el hogar tranquilo mientras la esposa va en pos del ideal?

Tal es el problema desarrollado en la presente comedia.



Comienza la acción en las llanuras de Arizona, inmensas, secas, estériles.

Jim Russell, muchacho joven, fuerte y heredero de una finca de escaso rendimiento en la que daba trabajo a algunos vaqueros, bebía los vientos por

Celia Dorne, maestra del lugar, escritora de nacimiento renombre que vivía en aquel desierto para terminar una novela.

El idolillo de la profesora era un chino la mar de simpático, del que, algunas veces, se burlaban los demás chiquillos, por causa de su coletilla.

También Jim tenía en gran estima al chico, y sólo gracias a las atenciones que recibía de éste y de su maestra, olvidaba el "carita de bronce" su triste condición de huérfano.

En aquella región existían las ruinas de un dique abandonado, obra del padre de Jim, que debió dar agua y riqueza a toda la llanura.

Para ir de su rancho a la escuela, el enamorado de la maestra atravesaba forzosamente esas ruinas, y algunos días se detenía a considerar la inapreciable utilidad que proporcionaría la reconstrucción del dique.

Casi todos los días, Jim visitaba a Celia, y en algunas ocasiones se mezclaba en los juegos de los chiquillos, como si fuera ni más ni menos que ellos.

Por esa razón tan poderosa, los niños querían sin tasa al gran amigo, y si alguno, más malicioso que los demás, se decía a sí mismo que el objeto de las frecuentes apariciones de aquél en el lugar no era ciertamente el jugar con ellos, sino la maestra, sonreía complacido, cual si viese con buenos ojos la intención...

Un día, al terminar la clase, y mientras los alumnos volvían, en un carro de "reparto" a sus larés, Jim, después de haberse divertido con los muchachos... y muchachas, locamente, valiéndole su entusiasmo infantil algún dulce reproche de la maestra, entró en la escuela, y, curioso en el

pupitre de la amada, leyó en una revista el título "La dulzura de amar", y, a continuación, el nombre de Celia Dorne.

—¡Celia! — murmuró para sus adentros—. Su nombre. Lindo como ella.

Y dejándose llevar de su ilusión, se hizo de un lápiz y de un raspador, borró el apellido de Celia, y en su puesto escribió el suyo, o sea: Russell, como si ella fuera ya su mujercita.

Pero Celia se enojó con Jim al ver lo que acababa de hacer.

Rióse el vaquero de la protesta de la maestra, y le preguntó, tratando de abrazarla:

—¿Estaría peor escrita esa historieta si en vez de Dorne dijera en realidad Russell?

—¡Jim! ¡Cien veces le he repetido que no he venido aquí a buscar novio... Quiero soledad, reposo, para escribir—respondió ella.

—Pero, Celia...

—Sépalolo usted de nuevo. He sacrificado mi vida para mi obra. Vencer es más agradable que casarse.

—¿Cree usted lo que dice?

—El esposo es enemigo del ideal. La tiranía del hogar cortaría las alas a mi imaginación.

—¡Bah! Si usted me comprendiese...

—No es posible, Jim.

—Sin embargo, yo me resisto a participar de sus teorías. El amor ¿no significa nada para usted? Míreme frente a frente, Celia. La felicidad la llama a mi lado. ¿Por qué se resiste usted tanto a oír su voz? ¿No me cree usted un hombre digno de crear un hogar?

—Sí, Jim... Es usted bueno... y merece que le amen... pero yo no soy la que debe ser su com-

pañera. Si usted estuviera dentro de mi espíritu, renunciaría a esas ideas que se está forjando en vano.

El chino contemplaba a la pareja subido a una silla y con la campanilla de la maestra en las manos, dispuesto a dar un buen campanillazo cuan-



*El chino contemplaba a la pareja...*

do Celia se dejase, al fin, caer en la tentación de las caricias de Jim.

Sin embargo, no fué así, pues ella se desprendió de los brazos del galán, terca en su propósito de renunciar a las delicias del cariño del hombre, para entregarse única y exclusivamente a su ideal.

En vista de ello, Jim, dejando para mejor oca-

sión el volver sobre el asunto que tan hondamente le afectaba, dijo a Celia:

—Bien, mujer. No hablemos más... por hoy. Esa "imaginación" a la que tanto alude, no la impedirá venir a casa. Mañana celebraremos el onomástico de mi hermana, la parálitica Esther... El ser escritora no está reñido con tener corazón. ¿La esperamos?

—Iré, Jim.

Marchóse el vaquero, si bien un poco decepcionado, más decidido, si cabe, a conquistar a Celia, y, en tanto, ésta releía, entre melancólicas reflexiones, su nombre unido al apellido de su pretendiente, y en su interior libraban batalla dos sentimientos antagónicos.

Al día siguiente, con motivo de la fiesta en honor de la pequeña y desventurada Esther, en la casa de Jim todo era regocijo.

La niña recibió numerosos regalos, entre ellos un juguete muy original, acerca del cual Celia preguntó a Jim:

—¿Qué es eso?

—Es el ideal de mi padre—dijo aquél—. La maqueta del dique que había de construir para enriquecer la llanura. A tener talento y dinero yo reconstruiría esta obra, que fué el fracaso de la vida de mis mayores.

A poco, un vaquero irrumpió alarmado en la fiesta, gritando a Jim:

—¡Señor! ¡Se escapa el ganado! ¡Olvidé atrancar la empalizada!

La noticia cayó como una bomba en la cabeza de Jim, que creyó volverse loco de indignación contra el descuidado empleado.

Y apareció en él el heredero del hombre salva-

je, horrorizándose Celia ante la brutalidad del que soñaba con ser su compañero.

Dominado por su cólera, Jim derribó al suelo a puñetazos al vaquero, y temerariamente salió a cerrar el paso al ganado que huía, logrando su propósito a fuerza de arrojo y de golpes.

Celia no pudo menos de violentarse consigo misma, y afianzóse en ella la duda de poder amar a aquel hombre brutal, enérgico, inculto, que no tenía otro valor que la fuerza de su brazo.

Jim debió hacerse cargo del estado de ánimo de Celia, al volver a su casa, y se apresuró a disculparse.

—Perdón. He perdido la noción de lo que debe ser un hombre correcto...

Celia, turbada, huyó hacia la escuela, siguiéndola Jim.

Esther, para quien no pasó desapercibido el interés de su hermano por Celia, rompió a llorar.

Alguien se acercó a la muchacha y, cariñosamente, le dijo:

—Esther. No te entristezca la pasión de tu hermano. Es ya un hombre y ha de casarse...

A lo que la niña, muy afligida, contestó:

—Jim no sirve para casado... Me lo dice el corazón.

Mientras, ciego de amor, Jim, alcanzándola en las ruinas del dique, imploraba a Celia que le amase, pues él ya no podía contener su idolatría.

La maestra se mantuvo firme en su negativa, y Jim oyó con dolor su nuevo desdén.

—¡Jim! ¡Por encima de todos los obstáculos yo quiero vencer! ¡Mi obra puede más que sus ofertas, que sus brutalidades, que sus sumisiones!

—¡Celia! ¡Yo sería su esclavo! ¡Yo nunca me

interpondría en el camino de su carrera!—porfió el exaltado vaquero.

Todo fué inútil. Celia lo rechazó, y como Jim quisiera estrecharla contra sí a la fuerza, la escritora le dió un enérgico empujón y le hizo rodar al suelo.

Humillado, con el corazón roto de dolor, regresó Jim a su casa, y buscó consuelo en el cariño de la parálitica.

Y pasó la fiesta de la pobrecita enferma.

Al obscurecer, todos regresaron a sus hogares.

Avida de distraer a su preocupado hermano, y celosa de su afecto, Esther, mirando al cielo, murmuró:

—¡Qué hermoso claro de luna, Jim!

Y el vaquero, para olvidar su rudeza en las ternuras de la parálitica, la tomó en sus brazos y salieron así, juntos, al campo.

—¡La luna también quiere besarte hoy! ¡Es un homenaje de toda la pradera—le había dicho.

Y Esther se sentía dichosa.

Mas, de súbito, el temor al porvenir entenebreció la mente de la niña, que suspiró abrazándose fuertemente a su hermano:

—¡Y pensar que un día tú me dejarás para irte lejos, con una mujer!

Jim devolvió el abrazo a su hermanita, y algunas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Lágrimas esas que tuvieron un testigo.

¿Quién? ¿La niña?

No. Era Celia.

Oculto detrás de un árbol, la maestra también lloraba.

La noche, su poesía, su silencio, las flores...\* todo llamó al frío corazón de aquella mujer sin fuer-

zas bastantes para sacrificar el ideal más humano.

Celia quería a Jim desde el primer día que él le hablara de amores, y a pesar de sus ideas contrarias al matrimonio, la fuerza de su mutuo amor la había hecho volver a desagraciar al amado.

La reconciliación se efectuó a solas, en un momento de soledad de Jim, fuera de la casa, pensando en su amor perdido para siempre.

El asombro del vaquero fué inmenso al volver a ver, cerca de sí, a Celia, y algo inexplicable los arrojó a uno y otro en sus brazos respectivos.

—¿Me amas, pues, mi alma?—preguntó Jim.

Celia se apretaba con todas sus ansias de ventura contra el pecho de Jim, y rumoreó como en un beso:

—Tus palabras me han conmovido. Tú puedes más que mi ideal.



Algún tiempo después, Celia, lejos de la escuela, escribía en el nuevo hogar, pues sus aficiones eran compatibles con los deberes de ama de casa, y terminó, en la más completa felicidad, una hermosa novela, su novela, la aventura de su amado, rematando la obra con las siguientes frases:

*En la casa de campo floreció la dicha. Ella, sumisa, obedecía al amado. Dormían los locos ensueños. ¿Despertarían algún día para turbar la paz?*

Jim, lelo por su adorable compañera, estaba persuadido de que nada tenía ella que envidiar, y vivía sin la menor preocupación.

Por su parte, Celia, al darle a leer el final de su obra, excusó, convencida al parecer de ello:

—¡Cuán equivocados están los que dicen que no puede ser artista una mujer casada!

Pero Esther, que no podía sustraerse a los celos del cariño de su hermano, sufría en silencio y en-



—¡Cuán equivocados están los que dicen que no puede ser artista una mujer casada!

vidiaba a Celia.

Así las cosas, ocurrió que la ambición de la gloria llevó a la escritora a la ciudad.

Celia había mandado su novela a un editor, éste la aceptó, y apenas publicada, con cierta propaganda, el público la consagraba con su aprobación.

Ante tan importante éxito, la casa editora la había mandado llamar para ponerse de acuerdo sobre las ediciones sucesivas.

Buen pico cobró Celia por sus cuartillas y, además, recibió una proposición de un dramaturgo de renombre para adaptar al teatro su novela rural, que se titulaba "Jim".

—¿Le gustaría a usted ver en la escena su obra? —preguntó el editor.

—Ello me comp'acería mucho, señor—dijo Celia.

—Pues, si usted quiere, ahora mismo podemos ir a causa del autor que tiene interés en dar su asunto al teatro.

Celia aceptó, y al poco rato se encontraba en casa de Hugo Volmar, autor de moda, hombre que alcanzaba éxitos ruidosos en el teatro que le permitían vivir a la manera principesca.

En el momento de llegar Celia y el editor a la espléndida morada del autor, salían de ella, a dar un paseo a caballo, algunos amigos y Alma Volmar, actriz famosa, esposa del escritor, que le ayudaba a vivir ruidosamente entre la algarabía de fiestas mundanas.

El lujo que se echaba de ver en casa del dramaturgo llamó poderosamente la atención de Celia, y con sumo gusto trató con él de llevar su obra a la escena.

Hugo recibió una gran sorpresa al saber que Celia era la autora de la novela "Jim", y no titubeó en manifestársela a ella misma.

—¡Cómo! Pero ¿es posible que una mujercita como usted sea autora de una novela pasional, fuerte, rotunda?

—Es posible, señor... porque esa es la verdad.

—La felicito con toda la admiración que la tal novela merece.

—Muy agradecida.

—En nuestro teatro moderno, de conflictos cursis y diálogos de merengue, el ambiente de su novela será un escándalo.

El editor ayudó al dramaturgo a convencer a Celia a quedarse en la ciudad para colaborar en la confección de la obra teatral, y como ella se resistiera, pensando en el obstáculo que encontraría en Jim, Hugo le dijo:

—Señora, un éxito teatral basta para hacer célebre un nombre. El acto escrito en pocos días pero con muchos trucos tiene más poder para las gentes que las novelas laboradas concienzudamente durante noches de trabajo.

Celia no prometió nada... pero se llevó a Arizona el deseo de luchar por la gloria.

Una vez en su hogar, mecida de nuevo por el calor de la tranquila felicidad, Celia pretendió olvidar las proposiciones del dramaturgo triunfador; pero, de todos modos, había comprado "algo" a su Jim por si tenía que acompañarla a la ciudad.

—¿Qué me has traído, alma mía? ¿Qué me ocultas detrás de la espalda?

La idea de Celia al comprar "algo" a su marido no había sido la de entregarle ese "algo", sino esconderlo en el fondo de un baúl por si lo llegaba a necesitar algún día.

¿Qué diría, pues, Jim al ver el traje negro, el par de botas "chic" y el sombrero?

No dijo nada.

¿Qué raro?

Era natural que no dijese nada, pues lejos de suponer para lo que le serviría todo aquello, Jim

creyó que su mujercita lo querría ver elegante de vez en cuando, en alguna fiesta o ceremonia.

Es más. Jim hizo un chiste fúnebre muy gracioso.

Apúntenselo:

—¡Ya tengo traje de etiqueta! ¡Ya se puede morir algún pariente!

Entonces, Celia cometió una imprudencia, engañándose en el humorismo de su esposo, pues le confesó la verdad.

—Sin que se muera un pariente puedes ponerte ese traje... A lo mejor tenemos que ir a la ciudad.

—¿Eh? ¿A la ciudad? ¿Para qué ir a la ciudad?

—Para mí, Jim, la ciudad es el triunfo, la gloria, la riqueza...

—¿Qué tonterías se te ocurre decirme? No me dijiste que tus absurdas quimeras habían muerto para siempre?

—Escúchame, Jim. Si llevaras mi obra a la escena me daría una fortuna. Piensa tú como podrías mejorar tu finca con ese dinero.

—¿De ningún modo!

—También, en la ciudad, tú podrías desarrollar tus actividades. Piensa en las ruinas del dique que tantas veces soñaste en reconstruir.

—Yo no puedo ganar dinero en la ciudad. Yo no puedo sostenerte en aquel ambiente.

Pero las caricias de su esposa, y el recuerdo de sus palabras de antaño: "¡Celia! ¡Yo sería tu esclavo! ¡Yo nunca me interpondría en el camino de tu carrera!", vencieron su actitud... y aceptó acompañar a su mujer a donde fuera necesario.

\*  
\* \*

En la ciudad, el matrimonio lugareño inició la lucha de una peligrosa manera para su paz interior: ella camino de la gloria; él en la obscuridad



*Pero las caricias de su esposa, y el recuerdo de sus palabras de antaño: "¡Celia! ¡Yo sería tu esclavo!"...*

de la sumisión. Celia, rumbo al ambiente mundano. Jim, camino del laborar anónimo.

Sin conocimientos para ocuparse en otra cosa, Jim, que quería sostener su hogar con el sudor de su frente, fué a pedir trabajo a unos constructores de rascacielos que solicitaban hombres fuertes

por la vía del periódico, y obtuvo una plaza de carretero.

Entonces el pobre Jim se dió cuenta de que en la ciudad sólo sabía hacer lo que sus criados en su finca.

El vaquero aceptó el empleo en seguida, y se posesionó de su carro en el acto.

Al punto de soltar las riendas del caballo para dirigirse a cargar el carro de materiales en otras obras, un chiquillo se sentó junto a Jim.

—¡Largo de ahí, muchacho!—le gruñó aquél.

—No enfadarse, amigo. Soy el golfo Tomásín—respondió el chico—. Mi perro—aquí presente—y yo somos los ayudantes voluntarios de este carro.

—Por mí, quédate. Tu compañía me será grata y útil, porque no conozco estas calles.

—Yo siempre sirvo para algo.

Los días pasaron.

Jim seguía orgullosamente en su labor humilde para no ser un parásito en su hogar.

Entretanto, Celia trabajaba áridamente, las más de las veces en compañía del dramaturgo, en casa de éste, además de ocuparse de su hogar para que Jim lo encontrase todo a punto.

Cierto día, Hugo, su esposa, y el editor de Celia y varios amigos tuvieron la ocurrencia de ir a buscar a la escritora, alrededor de la hora de comer, no contando para nada con su marido.

—Trabaja usted demasiado—le dijo Hugo a su colaboradora—, y venimos a robarla al trabajo por unas horas.

—No puedo, no puedo, señores... muchas gracias.

—¡No todo se debe hacer en un día! ¡El diver-

tirse unas horas da energía para trabajar con más acierto!—insistió el dramaturgo.

—Venga con nosotros—intervino la esposa del autor—. ¡Comeremos en el auto, y, después, iremos al campo de polo!

Un pollo “bien” propuso, a su vez:

—¿Por qué no comemos en el hogar de la triunfadora?

La idea pareció excelente, y se aceptó.

Celia no pudo oponerse a ello, y no dudaba que su marido se haría cargo de la situación, cuando llegase a comer.

Jim, al punto de las doce, abandonó el trabajo, para dirigirse a su casa, y se le metió en la cabeza invitar a Tomásín.

—No, hombre, no... Yo sólo sé comer con los dedos—dijo el chico.

—No importa. A lo mejor mi mujer hace de ti una novela.

—Pues... *andiamo*.

Algunos minutos después, Jim se presentaba en el comedor de su hogar, seguido de Tomásín, y vió con desagrado el festín que se estaban dando los amigos de su esposa.

Uno de éstos, el pollo “bien” de marras, reparando en Jim, se permitió bromear:

—Pero ¿quién ha llamado al basurero? — preguntó.

Jim, enojado, harto ya de humillaciones, pues en más de una ocasión le habían llamado “carretero” con desprecio por torpezas cometidas involuntariamente, se dirigió agresivo al ridículo, y le contestó

—¡Imbécil! ¡Usted no sabe con quién habla!

El “pollo”, muy gallina, se largó de allí, colocándole Tomásín un pastel en la cara.

Cegado por el despecho y por los celos, Jim trató duramente a todos los intrusos, obligándoles a marcharse, pues allí no había más amo que él.

Hugo quería hacer frente a la grosería de Jim,



*Cegado por el despecho y los celos, Jim trató duramente a todos...*

mas retiróse también cuando supo por Celia que él era el esposo.

El editor fué el último en permanecer en la casa, y aprovechó un momento para tomar por su cuenta a Jim, y decirle:

—Señor Russell, usted ha interpretado mal esta visita.

—¡Esta es mi casa y en mi casa sólo comen los que yo quiero!—contestó el vaquero.

Y todos convinieron en que Celia no debía haberse casado nunca con aquel ignorante.

Después, Celia, llorando dijo a su marido:

—Jim. No supongas que te he ofendido.

—Debiste avisarme.

—Fué una cosa inevitable.

—¡Hasta tus amigos me insultan!

—Tú no tienes que trabajar en menester tan humilde. El editor me ha adelantado dinero y podemos vivir sin que te sacrifiqués.

—¡Yo no sirvo para vivir del trabajo de mi mujer! ¡A eso no puede obligarme tu afán de gloria! Tendremos que dejar la ciudad.

—Tienes razón, Jim. Volvamos a casa. Yo me equivoqué.

—¿Volver? Lo dices a disgusto, para sacrificarte por mí. ¡No! ¡No quiero que sacrifiqués tu gloria! ¡No quiero estorbarte!

Y, en medio de su enojo, Jim sentía que las lágrimas quemaban su corazón.

Y pasó el verano.

La ciudad prodigó a Celia sus favores. En tanto, en el corazón de Jim se avivó la llama de rebeldía contra la mujer que le humillaba, y en su afán de dignificarse, estudiaba, en las tardes de fiesta, para igualarse a ella.

Se metía con la mecánica, el dibujo, y con cuanto pudiese aprovechar para hacer la obra del dique, ensueño de su padre.

La obra teatral de Celia y Hugo adelantaba. Ambos autores colaboraban con fe en el triunfo más resonante, y sus frecuentes entrevistas, unidas a la malicia ajena, dieron por resultado el que la es-

posa del dramaturgo viera en ello lo que no existía.

El editor encontró un buen día en su casa y solo, a Jim, y habló con él de su esposa.

—Puede usted enorgullecerse de ser amado por la mujer que es su compañera, señor Russell.

—¿Llama usted amor a querer hacer de mi vida una comedia para que se rían los desocupados?

—Amigo Jim, no piense de esa manera. Su esposa tiene muchas cosas que ofrecer al mundo.

—¡Al mundo! ¡Eso le preocupa más que su hogar!

—¡Una mujer, cuando es un genio, no debe sacrificarse!

—¡Una mujer, cuando está casada, no debe sacrificar al marido por su estúpida vanagloria!

—¡Bah! Estoy convencido de que su opinión será otra dentro de algún tiempo.

—¡Mi alma es mía, señor!

En aquel momento, Hugo decía a Celia:

—¿Por qué no viene conmigo a Nueva York? Allí su presencia impondría su comedia de una manera definitiva.

—No me atrevo a pedirselo a Jim... y tampoco me atrevo a ir sin él—respondió Celia.

\*  
\*  
\*

Una vez concluida, la obra teatral de Celia y Hugo fué leída ante un selecto auditorio, en la regia mansión del dramaturgo, alcanzando un unánime aplauso.

Hugo no se separaba un instante del lado de Ce-

lia, y sus atenciones inquietaron íntimamente a la escritora, que, comprendiendo que su paz conyugal estaba en peligro, decidía volver al campo después de aquella reunión.

Aquella noche, Jim sintió comezón al ver el triunfo de su mujer en los salones, y fué a buscarla a



—¿Por qué no viene conmigo a Nueva York?

la casa de Hugo, en cuya terraza sorprendió a unos "caballeros" en plática:

—¿Y el carretero qué opinión tendrá de las ideas de su mujer?

—(El carretero os demostrará, ahora mismo, estúpidos, si él manda o no en su mujer)—respondió Jim para sí.

Y preguntó por la escritora, a la que Hugo estaba diciendo:

—¿Pretende retirarse, no ir a Nueva York, en el momento de la batalla decisiva?

—Esa batalla también sería decisiva para mi hogar—replicó Celia.

Aquí, se presentó ante ella y el dramaturgo el esposo.

—Trataba de convencer a su esposa—le manifestó Hugo—. Un viaje a Nueva York sería un éxito cumbre. ¿Cree usted que no debe hacer ese viaje?

—¡Mi mujer ya ha viajado bastante! ¡Vamos, Celia? ¡Buenas noches!—respondió Jim secamente.

Y ya en su hogar, la inquietud de perder el amor creó en Jim el amor salvaje.

—¿Tu gloria, tu ideal, te reclaman en Nueva York? ¡Qué complicado es todo eso de la literatura! ¡Pues no irás! ¿Comprendes? ¡Yo, tu marido, no quiero que vayas!

—No grites, Jim. No me maltrates.

—¡Soy tu esposo, tu esposo, no tu colaborador, y sé los derechos que me asisten!

—Jim. Comprendo que el trabajo me aleja de ti. Por eso quería volver a casa...; pero tampoco me puedes arrastrar y dominar como a tus ganados. Soy tu mujer, no tu esclava.

—¡No!... ¡Tú no eres mi mujer!... ¡Mi mujer quedó en la pradera!... ¡Tú eres otra!

—¡Jim!... ¡Cálmate! ¡Recuerda tu promesa! ¡Yo te quiero... pero quiero triunfar!

—¡No puedo recordar lo que te prometí! ¡Tu gloria me mata!

—Lo que sientes no es amor. El amor es respeto, adoración.

—Mi amor es así. Yo te quiero para mí solo.

¡Esa es mi vida! ¡Y basta de palabras! ¡Me voy!  
¡Necesito aire! ¡Aquí me ahogo!

—¡Jim! ¿No ves que eres tú el que de mí se aleja?

—¡Déjame ya!

—¡Jim! ¡Yo no quisiera ir sola a Nueva York!  
¡Escúchame! ¡Si antes de las seis no vuelves a mi lado, iré sola a mi camino!

—¡Vete! ¡Yo no soy nada para tí!

Jim pasó la noche luchando con sus pensamientos, en la calle.

Al amanecer volvió al trabajo y le sorprendió que le llamase el director, para preguntarle:

—¿Es verdad que son de usted esos dibujos que me ha dado el capataz?

—Sí, señor.

—Ignoraba sus aptitudes. Es usted un formidable proyectista.

Loco de contento, Jim olvidó sus rencillas con su esposa, pues también él llegaría a ser algo, y quiso darle esa noticia por teléfono, sin poderlo conseguir, pues la voz del capataz le llamaba diligentemente al trabajo en las alturas de un rascacielos en construcción.

En su casa, Celia, que no durmió en espera de Jim, estaba decidida, llena de dolor, a partir si él no regresaba a la hora que le señalara, y casi al mismo tiempo que cumplió ella su palabra, la fatalidad hacía perder el equilibrio a Jim, cuando en un momento de distracción suya, Tomásín, empleado junto a él en calidad de aprendiz, le tiró unos pernos.

La caída pudo ser mortal, mas Jim se agarró a una viga de un piso inferior, y sufrió una herida grave en la mano derecha.

¡Así se derrumbó el castillo de sus ilusiones!  
¡No poder servirse de su mano cuando iba a dignificarse ante Celia!

Y mientras Nueva York se preparaba a abrir sus puertas a la escritora genial, Jim regresaba amargamente a su hogar perdido en la llanura.

Celia escribió algunas cartas a su marido, pero ninguna fué abierta ni, desde luego, contestada.

Una sola preocupación dominaba la mente de Jim, a medida que iba mejorando su herida: construir el dique, para que Celia y el mundo vieran de lo que era capaz un *carretero*.

Y para llevar adelante su plan, Jim hipotecó todos sus bienes, y los trabajos empezaron con la mayor actividad, dirigidos por él mismo.

Unos meses después, el sueño del hombre obscuro llegó a realizarse.

Una noche, Esther, que había enfermado, jugaba con Tomásín, a quien Jim se llevó consigo, y mostrándole sus juguetes, comentó, intencionadamente:

—Mira: ¡el teatro y el dique, las dos locuras de los enamorados! Los dos han triunfado... porque los dos habían nacido para las grandes empresas.

Y Jim, emocionado, evocó la gloria, y se acercó a su hermanita para besarla...

Entonces la niña, enterada de que la obra de Celia se estrenaba al día siguiente, murmuró a Jim:

—Celia será feliz con su gloria... como tú con la tuya... y yo te digo que no tardaré en veros reunidos ante mí, que os adoro a los dos.

—¡Hermanita!—explotó Jim, ocultándole sus lágrimas.



La noche del estreno de la obra "Jim", los periódicos se ocupaban extensamente de la misma, augurándole un éxito rotundo, opinión que compar-



—Celia será feliz con su gloria... como tú con la tuya...

tían las selectas amistades de los autores, reunidas en torno a una espléndida mesa.

Y así fué.

Después de la representación, Hugo acompañó a Celia hasta el hotel donde se hospedaba, y se decidió a hablarle de lo que tanto tiempo había guardado en su corazón.

—¿Es usted completamente feliz?

—Sí... toda mi felicidad de esta noche se la debo a su talento.

—Celia. Mi felicidad también puede ser completa desde hoy... Yo soy libre.

—¿Libre, dice usted?



La noche del estreno de la obra "Jim", los periódicos se ocupaban extensamente de la misma.

—Mi abogado acaba de escribirme que ayer fué firmado mi divorcio... y que mi ex esposa vuelve a la escena.

—¿Por qué se ha divorciado, amigo mío?

—Para darle a usted este ejemplo. Yo la amo, amiga mía. ¡La he adorado desde que la conocí!

—Yo no soy libre... No puedo corresponder a su amor.

—¿No ha empezado ya a olvidar el pasado?

—¡Yo no olvido! ¡Es él quien no se ha acordado más de mí!

—¡Lo sé, Celia! ¡He observado sus inquietudes!



—Sí... toda mi felicidad de esta noche se la debo a su talento.

¡He visto cómo le devolvían sin abrir las cartas que usted le enviaba! ¡El no supo comprenderla nunca! ¡Es usted un tesoro inapreciable para un ser vulgar!

Hugo estrechaba más y más a Celia entre sus brazos, y tal vez la hubiera besado a no haberse

pinchado ella con unas flores silvestres que no supo, de momento, cómo habían llegado a sus manos.

—¿Qué es esto?—se preguntó—. Pero ¿es posible que vengan de él? ¡Si son flores de la pradera!

Y encima de una mesita encontró Celia una caja llena de esas flores, y esta nota:

*Querida Celia:*

*Estoy muy malita. No quisiera morir sin verte. Ven. Mi hermano no sabe que te escribo. Muchos besos de*

*Esther.*

—¡Esther enferma! ¡Jim, solo!—exclamó Celia, dispuesta a partir.

—¡No va usted a sacrificarse por un ligero motivo sentimental! ¡El ir a su rincón no hará otra cosa que avivar las heridas!—dijo Hugo, inquieto.

—¡Mi egoísmo no tiene derecho a la crueldad de abandonarlos!

—Blen. Yo la acompañaré en este viaje.

\*  
\* \*  
\*

La llegada de Celia y Hugo coincidió con el triunfo de Jim. El dique estaba dispuesto a recoger las aguas de las lluvias y las sobrantes del viejo y lejano dique de Cobley, el cual empezaba a rebasar a causa de la abundancia de las lluvias de unos días a aquella parte.

En vista de ello, y en previsión de la venida del

agua, en el nuevo dique se empezó el trabajo de deshacer los andamios.

Celia se reunió en seguida con Esther, que se alegró mucho de verla y que le dijo:

—¡Gracias, cuñadita! Te llamé para que consolaras a Jim. ¡Está tan solo, tan triste! ¡Yo me



*La llegada de Celia y Hugo coincidió con el triunfo de Jim.*

pondré buena si le veo alegre! ¡Para crecer ante tí y que te sintieras orgullosa de él, ha construído el dique! ¡Estás contenta?

—Sí, Esther, sí. ¡Qué bueno es Jim!

En tanto, Hugo alcanzaba en el dique a Jim, y lo ponía, sin ambages, al corriente del motivo de su presencia allí.

—Celia ha vuelto para ver a la enferma... y yo la acompañé para aclarar nuestra situación.

—¿A qué situación se refiere usted?

—Los dos queremos a Celia... y uno de nosotros ha de sacrificarse para su felicidad.

—¡Yo no puedo tratar de la felicidad de mi es-



—Sí, Esther, sí. ¡Qué bueno es Jim!

posa con otro hombre!

—¡Pues es preciso que lleguemos a un acuerdo! Jim enrojeció de ira, y era inminente una lucha a muerte entre los dos hombres.

En tan crítico instante oyóse un terrible aviso:

—¡El dique de Copley se ha derrumbado! ¡Las aguas vienen hacia aquí!

Los dos rivales no tuvieron tiempo de evitar la

avalancha líquida que se precipitó en el nuevo dique.

Hugo iba a perecer, pues no sabía nadar.

Celia, enterada de lo que ocurría, se dirigió al lugar del dique, y vió a Hugo chapoteando desesperadamente en el agua.

Y gritó:

—; Hugo! ; Hugo!

Jim, que luchaba para salvarse a sí mismo, oyó los gritos de su esposa, y sin medir el paso que iba a dar, se lanzó a arrancar a la muerte la vida de Hugo.

Y le salvó, depositando el cuerpo del dramaturgo, con vida, a los pies de Celia, renunciando, lleno de dolor, a ella, para que fuese feliz con el otro.

Pero Celia se arrojó en los brazos de Jim, y besándole mil veces, con pasión, dijo sinceramente:

—; Jim! ; Mi Jim! ; Eres tú mi vida!

—; Oh, Celia! ; Tú vales más que mi vida! ; Por tí hubiera muerto para que me estimares en algo!  
Y triunfó el amor.

FIN

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Prohibida la reproducción

## IMPORTANTE

Por causas ajenas a nuestra voluntad, nos vemos obligados a aplazar hasta el viernes de la próxima semana, día 31 del corriente, la salida del núm. 165 extraordinario que anunciamos en la cubierta del presente número. De modo que el próximo miércoles, como de costumbre, saldrá el núm. ordinario, que será el 166, siguiendo a éste el viernes de la misma semana el 165

### EXTRAORDINARIO

El próximo núm. 166 ordinario será la preciosa exclusiva

METRO-GOLDWYN CORPORATION

## Honrarás a tu padre

creación de los grandes artistas:

PATSY RUTH MILLER,

CLAUDE GILLINGWATER,

CULLEN LANDIS, etc.

Asunto muy sentimental

Postal-fotografía-regalo:

VICTOR VARCONI

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio: 25 céntimos.

8. 19-26/8



COMPRE LISTED

El N.º 1 de la original publicación de

**Biografías de Artistas de la Pantalla**

**LA NOVELA ÍNTIMA  
CINEMATOGRAFICA**

Contiene la biografía de la genial estrella  
americana

**ALICE TERRY**

Interesantes datos y fotografías

Portada a 4 colores.

PRECIO POPULAR

35 CTS.

